

forma asumirá responsabilidades crecientes en la ordenación internacional" (p. 114).

Este *wishful thinking* es bien compensado con un análisis penetrante y convincente sobre cómo el problema del Brasil es el Nordeste, en términos regionales, étnicos y sociales. Anota el autor que la articulación del Nordeste con el Centro-Sur tal como se lleva a cabo es más la prolongación de un modelo de industrialización propio del Centro-Sur que el resultado de una política que tome en cuenta las necesidades de la población local, en su mayoría de origen africano.

La línea de acción aquí propuesta implica, siguiendo el hilo del libro, descubrir el problema estructural y atacarlo de raíz. En este caso concreto mediante: a) una transferencia masiva de recursos por un mínimo de diez años; b) cambios estructurales que mejoren sustancialmente las condiciones de vida y trabajo de las masas rurales y c) mediante un crecimiento industrial autónomo nordestino que no depende del modelo Centro-Sur.

Como en todos sus libros, Furtado muestra en éste, una inteligencia avizora y optimismo e imaginación en la búsqueda de fórmulas viables —siempre difíciles— para superar la desigualdad social y la dependencia nacional.

MARCO PALACIOS
El Colegio de México

HOFFMANN, Stanley, *Duties Beyond Borders. On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, New York, Syracuse University Press, 1981, 251 pp.

El presidente Reagan sometió recientemente al Congreso de Estados Unidos una proposición de presupuesto militar que destinará las cifras más altas de la historia a la preparación de la tercera guerra mundial. El año fiscal de 1983 la Defensa norteamericana se adjudicará 258 000 millones de dólares. Si para algunos estos hechos manifiestan el apogeo de la *realpolitik*, el triunfo de lo pragmático al margen de pruritos filosóficos y el ejercicio del poder en su forma más descarnada para apuntalar una hegemonía flaqueante, el argumento esgrimido por el gobierno estadounidense es otro. Muy por el contrario, la administración Reagan explica su política exterior a partir de una valoración ética que prevé y anhela la batalla definitiva ¿y apocalíptica? entre las fuerzas del bien (los Estados Unidos) y las del mal (la Unión Soviética, el comunismo, la OPEP, el Tercer Mundo, las Naciones Unidas, etc.).

En efecto, el secretario de Estado Alexander Haig declara a *The New York Times* que la situación en Centroamérica es "un profundo desafío a la seguridad de nuestro continente" (*Excelsior*, 9 de febrero de 1982, p. 1A) y el secretario de Defensa Caspar Weinberger aboga ante el Congreso porque se "castigue" a la Unión Soviética "en tanto los Estados Unidos se refuerzan militarmente" (*Ibid.*, p. 3A). Todo ello, asumiendo la superioridad moral de quien defiende a la humanidad contra sí misma.

Estos pronunciamientos de los gobernantes tienen su correspondiente en los círculos bautizados de *neo-conservadores*, ubicados en algunas universidades

e institutos de estudios estratégicos. Además de definir y subrayar la confrontación bipolar este-oeste, las tesis de estos intelectuales niegan a los otros países cualquier intento de equidistancia o neutralidad. O se está con los Estados Unidos (en el conflicto este-oeste y por tanto en el conjunto de la política exterior) o se está contra ellos.

Si el Tercer Mundo hace un llamado a la distensión y al imperio del derecho, los neo-conservadores responden sin tapujos:

para aliviar su vulnerabilidad internacional, los estados débiles han adoptado una estrategia que se enfoca hacia el control de las organizaciones internacionales. A través de ese control, esperan alterar las reglas y normas que gobiernan el régimen económico internacional. La manifestación más clara de esa política es el Nuevo Orden Económico Internacional. El que los estados ricos aceptasen las demandas del Tercer Mundo sería un error, pues la práctica y las capacidades que ésta implica serían incongruentes con tal gesto. El control de las organizaciones internacionales ofrece al Sur su mejor oportunidad para fortalecer su autonomía, pero la ley y la organización son fundamentos débiles sobre los cuales cimentar un régimen internacional estable.¹

Por su parte, Garret Hardin, profesor emérito de la Universidad de California niega que los Estados Unidos tengan que sentirse preocupados por el sufrimiento en los países pobres:

Los portavoces de las naciones pobres nos amenazan con dejar de amarnos si no les damos todo lo que piden. Debemos estar preparados a perder su amor si en verdad nos preocupa salvaguardar los intereses de largo plazo de esos mismos pueblos. La mayor parte de los países pobres son, de hecho, ricos en recursos naturales. Son sus gobiernos, generalmente, los que son pobres.”²

Este discurso inmoral y prepotente, disfrazado de pragmatismo, es recibido por una opinión pública agobiada por los problemas económicos internos e incapaz, tal vez por ello, de asimilar serenamente la frustración post-Vietnam, los rehenes en Irán, Kadafi o el rechazo europeo a la bomba de neutrones.

Si la agresividad de los neo-conservadores es asombrosa en su habilidad para hacer pasar ante la opinión pública americana un egoísmo suicida por apreciación objetiva, y por tanto única, de la escena internacional, la incapacidad del pensamiento liberal vinculado al partido demócrata para presentar alternativas es tanto o más grave. En efecto, ¿qué esperar cuando la página editorial del único diario de la capital de la nación más poderosa del mundo, el liberal *Washington Post*, publica estas afirmaciones de Henry Fairlie: “La política es una actividad incoherente; y debe dejársele así, reconocida por incoherente y descrita como incoherente... pretender que hay alguna coherencia en la política es disminuirla.” (13 de septiembre de 1981, p. C 2.) El libro de Hoffmann manifiesta esa misma perplejidad y la incapacidad subyacente de cambiar de rumbo.

¹ Krasner, Stephen, “North-South Economic Relations” en Kenneth Oye *et al.*, (eds.), *Eagle Entangled*, New York, Longman, 1978, p. 144.

² *Newsweek*, 26 de octubre de 1981, p. 45.

En el panorama lúgubre de la ciencia política americana, Hoffmann tiene fama de pensador lúcido. Es, según muchos, una esperanza de recapitulación liberal. Sin embargo, en el volumen en cuestión, el autor se excusa de defender los principios filosóficos de la tradición liberal estadounidense, aduciendo no ser filósofo y por tanto no concernirle (aunque le interese, dice) el deber ser, sino cómo llegar a él. El problema es que, desde el título, su obra pretende inscribirse en el campo de lo normativo pues ¿cómo hablar de deberes y de ética, sin compromiso filosófico?

Con modestia sospechosa, Hoffmann se escabulle de la filosofía política y se lanza a dar recetas "prácticas" a los políticos de la administración Reagan que, desde luego, no las solicitan pues, además de estar armados hasta los dientes, disponen de los principios normativos que les proporcionan los intelectuales de la Fundación Heritage y de la revista *Commentary*. En otras palabras, estamos ante trabajos de amor perdidos.

Cuando los liberales *deberían* redefinir el vínculo entre ética y política internacional desde la perspectiva de la potencia militar y económica más grande de la historia y proponer percepciones diferentes a las de la tensión bipolar, Hoffmann acepta los presupuestos de la confrontación Este-Oeste y se identifica con el interés nacional de los conservadores, sin mencionar siquiera la posibilidad de una crítica política a la naturaleza del Estado norteamericano. Todo ello para arribar, usando sus palabras, a la "infeliz conclusión" de que "el mundo es como es" y poco se puede hacer para cambiarlo.

Afirmando que la "ética del estadista" difiere de la del ciudadano y escudándose en Maquiavelo (que escribió para un déspota, no para un presidente electo) Hoffmann procede a considerar la moral política como contextual y a proponer una tibieza tautológica que denomina "ética no-perfeccionista y no-nacionalista". Este afirmar negando, este relativizar lo esencial sirve después para que el autor se defina "sin disculpas" como "dinosaurio liberal que cree en una limitada y reversible perfectibilidad del hombre y la sociedad" que considera que no existe "ninguna filosofía de la historia que nos proporcione una caja de herramientas o un destino." En otras palabras, los intelectuales son obsoletos. Tal vez por ello pueda defender la guerra de Vietnam como "un buen fin que no tenía la menor oportunidad de feliz realización" y las armas nucleares como un "probable freno a nuestras ambiciones e inclinaciones." También habla del "ego de los gobiernos" y justifica el uso de la fuerza militar y la intervención extranjera a nombre del interés nacional americano, dado que los estados luchan sólo por la sobrevivencia y por su seguridad, ámbito en el que "las oportunidades para una moralidad no-maquiavélica son pobres."

El círculo se cierra cuando, desde su miedo vital, el autor constata en un artículo reciente que el tema clave para el resto del siglo es la revolución, futuro para el que considera poco aptos a los Estados Unidos pues "nuestra única experiencia revolucionaria fue nacional, no social, y dado que lo más probable es que muchas de esas revoluciones lo sean contra los excesos o incrustaciones locales del capitalismo." (*The New York Review*, 30 de abril de 1981, p. 34.)

La tarea del internacionalista, más aún si no es funcionario público, debe trascender el interés limitado de los grupos políticos, ejercer responsablemente su libertad de análisis y retornar a la nación trayendo consigo una

reflección constructiva sobre las posibilidades de solidaridad mundial. Se trata de un intento de volcar lo concebido en la realidad del proceso político, de contribuir al anhelo de la utopía, ese algo imaginario que Henri Lefebvre hace pertenecer a la categoría de los imposibles que están en el corazón de las posibilidades que realizamos. Extinganse pues los dinosaurios, mientras nos defendemos de quienes llaman a guerra santa y pretenden convencernos de que nos aniquilarán por nuestro propio bien.

JORGE ALBERTO LOZOYA
El Colegio de México